

U.C.A.-SEMANA DE LA FILOSOFÍA

LUNES 22 DE AGOSTO DE 2005

NECESIDAD Y ACTUALIDAD DE LA METAFÍSICA

DR. ALBERTO BERRO

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo XX se puede observar una inclinación cada vez más fuerte, en las universidades católicas del mundo, al abandono del tomismo, que bastante vigorosamente había resurgido por impulso de León XIII desde los comienzos del siglo. La tendencia es tan marcada, que hoy sobran los dedos de una mano para contar las universidades católicas, y dentro de ellas las facultades de filosofía, que todavía se estructuran alrededor de la enseñanza de Tomás como pensamiento rector.

Lo curioso es que este hecho se ha venido desarrollando sin un debate profundo acerca de sus causas y consecuencias. La presente exposición intenta mirar de frente a lo que está sucediendo desde hace más o menos cuarenta años, e intenta aportar algunos elementos para su comprensión.

Una explicación plausible podría ser la toma de conciencia de algunos defectos reales de la enseñanza del tomismo durante esas seis o siete décadas del siglo en las que estuvo en vigor la *Thomas-Renaissance*. Entre esos defectos se podría mencionar el exceso de formalismo escolástico, la inaccesibilidad de un lenguaje demasiado críptico e iniciático, la actitud negadora de toda filosofía posterior que acompañó a cierta manera de enseñar a Santo Tomás, etc. Pero todos estos defectos reales se podían corregir perfectamente sin salir de los cauces abiertos por el gran maestro medieval. El hecho de que en general no se continúe con un tomismo más abierto y actualizado, como podría ser, a título de ejemplo, el de J. Pieper, sino que simplemente se lo deje de lado, hace pensar que las causas son más profundas.

Si las universidades e institutos de la Iglesia mantuvieran una orientación metafísica 'sin' Tomás, o con mayor énfasis en otros maestros de la tradición, como por ejemplo San Agustín, habría que concluir que el problema es con el pensamiento de Santo Tomás en cuanto tal. Pero este cambio no tiene por objetivo la sustitución del tomismo por otra corriente tradicional de la filosofía cristiana, sino por alguna o algunas de las tendencias dominantes de la filosofía del siglo que acaba de finalizar.

Esto nos lleva a pensar que la causa de fondo radica en el hecho de que, en el pensamiento de Santo Tomás, todas las áreas y disciplinas de la filosofía se nuclean alrededor de un centro netamente metafísico. Nuestra hipótesis es que se abandona a Tomás porque se apunta a dejar de lado este centro metafísico¹. Y es en este abandono de la metafísica, y más precisamente de la metafísica del ser, donde se encuentra lo más problemático de este giro.

¹ Cfr. *Fides et Ratio* N. 61: *En muchas escuelas católicas, en los años que siguieron al Concilio Vaticano II, se pudo observar al respecto una cierta decadencia debido a una menor estima, no sólo de la filosofía escolástica, sino más en general del mismo estudio de la filosofía. Con sorpresa y pena debo constatar que no pocos teólogos comparten este desinterés por el estudio de la filosofía....*

Este abandono de la metafísica no es ya nada exclusivo de las universidades católicas, sino que constituye una tendencia mundial que éstas están reproduciendo, en una actitud de sobreadaptación acrítica, en su propio interior. El hecho no debe ser poco grave si el Cardenal Zenon Grocholewsky, Prefecto de la Sagrada Congregación para las Universidades Católicas, en su reciente discurso a la UCA, al hablarnos ‘recorriendo el laberinto cultural’², acaba de señalar que *una de las causas de la crisis cultural actual radica en el abandono de la metafísica*.

* * *

A una conclusión similar podemos llegar si observamos cuáles son las corrientes que tienden a sustituir al tomismo en la mayoría de las cátedras de filosofía sistemática: la fenomenología y las corrientes hermenéuticas.

Porque en esta adopción de la fenomenología o de la hermenéutica en un nuevo papel rector, estas corrientes son presentadas como superadoras de la metafísica, como ‘postmetafísicas’, y no como propedéuticas que apuntan a, y se consolidan en, tesis de naturaleza ontológica. Se asume como válida la crítica de la metafísica como ciencia especulativa operada por Kant en el siglo XVIII, y luego la ‘superación’ de la metafísica anunciada por M. Heidegger.

Ciertamente, ni la fenomenología ni la hermenéutica (que son, en su origen, enfoques bien diferentes entre sí) implican de suyo la negación de la metafísica. Pero tampoco desembocan de por sí necesariamente en ella. Husserl, si sostuvo alguna, parece haber sido la metafísica idealista del sujeto, razón por la cual sus discípulos creyentes se apartaron dolorosamente de él, sin abandonar la fenomenología y su ideal de retorno a las cosas³. H.G. Gadamer, discípulo de Heidegger, o el mismo Paul Ricoeur, para tomar los mayores representantes de la hermenéutica en el siglo pasado, no culminan esta hermenéutica en ninguna metafísica.

Es más, Heidegger afirma la **superación de la metafísica** como rasgo decisivo del *acaecimiento propio* que se anuncia en nuestro tiempo, como giro hacia una nueva era del pensar, y con él de la historia. Reconoce la inmensa importancia de la Metafísica como modo característico del pensar occidental desde los presocráticos hasta la era técnica, hasta el punto que no considera que la Metafísica sea producto de la Historia, como sostenía el historicismo clásico, sino, inversamente, que la misma Historia Occidental desde Grecia, pasando por el Cristianismo medieval, siguiendo con la Modernidad hasta su culminación en la era técnica, están, como ‘historia del ser’, determinados por el pensar metafísico. Y aunque la era por advenir no está más allá del pensar, sí se encuentra más allá de esa modalidad particular del pensar occidental que se llama Metafísica, y que engloba prácticamente todas las corrientes de

Varios son los motivos de esta poca estima. En primer lugar, debe tenerse en cuenta la desconfianza en la razón que manifiesta gran parte de la filosofía contemporánea, **abandonando ampliamente la búsqueda metafísica sobre las preguntas últimas del hombre, para concentrar su atención en los problemas particulares y regionales, a veces incluso puramente formales.**

² ‘Universidad católica: sé lo que debes ser’, Introducción I, 1.

³ Digo “parece”, y no afirmo tajantemente, porque no conozco suficientemente bien su pensamiento y un estudioso del mismo como el Padre Francisco Leocata sostiene una opinión diferente. Cfr. su libro *Persona, Lenguaje, realidad*, EDUCA, Buenos Aires 2003.

la historia de la filosofía de Occidente a excepción del mismo Heidegger, heraldo de la nueva era posmetafísica⁴.

Cuando la fenomenología procura consolidarse en una metafísica, inevitablemente necesita ir más allá de sí misma y recurrir, por ejemplo, a una nueva ontología al estilo de Nicolai Hartmann, o a la meditación tradicional sobre el ser, sea de inspiración tomista (como en E. Stein o en el mismo Karol Wojtyła), o de corte predominantemente agustiniense, como sucede de manera imperfecta en Max Scheler, y más maduramente en Romano Guardini o en Dietrich Von Hildebrand. Y lo mismo sucede con la hermenéutica.

En la enseñanza actual de la filosofía en ámbitos católicos, sin embargo, no predomina este proyecto de síntesis y complementación con una metafísica del ser, sino su sustitución.

El dilema esencial ante el que nos encontramos no es, entonces, tomismo o no tomismo, aunque haya grandes riquezas para seguir extrayendo de la lectura de Tomás. Tampoco fenomenología o no fenomenología, hermenéutica o no hermenéutica, sino: **metafísica o no metafísica.**

* * *

Ahora bien, en este punto el magisterio se pone firme. Tomemos la encíclica *Fides et Ratio*, ‘carta magna’ para la filosofía cristiana en el siglo XXI como lo fue *Aeterni Patris* para la del siglo XX.

En su número 50 critica a aquellos que sostienen la tesis del ‘final de la metafísica’, al hablar de *la desconfianza radical en la razón que manifiestan las exposiciones más recientes de muchos estudios filosóficos. Al respecto, desde varios sectores se ha hablado del «final de la metafísica»: se pretende que la filosofía se contente con objetivos más modestos, como la simple interpretación del hecho o la mera investigación sobre determinados campos del saber humano o sobre sus estructuras.*⁵

Cuando Juan Pablo II en su último libro, Memoria e Identidad, cap. II, señala la necesidad de un retorno a la filosofía del ser de Santo Tomás como único camino para poder sostener una ética basada en la esencia del hombre y en el orden objetivo, lo hace más bien a título de filósofo particular, en un libro privado. Porque el tomismo no es ‘filosofía oficial de la Iglesia’: la encíclica señala el puesto singular que tiene Santo Tomás en la filosofía cristiana⁶, y sus motivos. Destaca también el importantísimo papel que tuvo la renovación

⁴ Véase, p. ej. *Überwindung der Metaphysik*, de 1946, publicada en 1954 en *Vorträge und Aufsätze*. En la traducción castellana, al final se dice: *No se produce nunca un cambio sin que lo anuncien heraldos. Pero ¿Cómo pueden acercarse heraldos sin que se despeje el acaecimiento propio (Ereignis), este acaecimiento que llamándola, usándola (y necesiándola), ojee, es decir aviste, la esencia del hombre y en este avistar ponga a los mortales en camino del construir que piensa, que poetiza?, Conferencias y artículos*, Ed. Del Serbal, Barcelona 1994, p. 89.

⁵ Antes había dicho: (n. 5): *mientras por una parte la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas que **prescinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios.** En consecuencia, han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, **actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano.** Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, **sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social.** Ha decaído, en definitiva, **la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas.***

⁶ Cfr. N. 43-45.

tomista en el siglo XX ⁷. Recuerda las directrices anteriores del magisterio que indicaban la importancia de profundizar los estudios del pensamiento del Doctor Angélico *ex ipsis fontibus*, ‘desde sus mismas fuentes’, como pidió León XIII, especialmente en los Seminarios y Universidades Católicas ⁸. Pero en el n. 76, al hablar de la filosofía cristiana, aclara que no existe una ‘filosofía oficial’ de la iglesia. Y entre los grandes filósofos cristianos de los siglos XIX y XX son nombrados tomistas y no tomistas, como John Henry Newman y Antonio Rosmini ⁹.

Pero en el capítulo VII, especialmente a partir del punto 81, brinda algunas líneas acerca de cuáles son las ‘exigencias irrenunciables’ que pide la iglesia a una filosofía para poder denominarse ‘filosofía cristiana’. Y desde el punto 83 se afirma explícitamente, dentro de estas ‘exigencias irrenunciables’, la de **un pensamiento filosófico de alcance metafísico**:

Es necesaria una filosofía de alcance auténticamente metafísico, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental... No quiero hablar aquí de la metafísica como si fuera una escuela específica o una corriente histórica particular. Sólo deseo afirmar que la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico, y reivindicar la capacidad que el hombre tiene de conocer esta dimensión trascendente y metafísica de manera verdadera y cierta, aunque imperfecta y analógica.

El número 84 agrega: *La importancia de la instancia metafísica se hace aún más evidente si se considera el desarrollo que hoy tienen las ciencias hermenéuticas y los diversos análisis del lenguaje. Los resultados a los que llegan estos estudios pueden ser muy útiles para la comprensión de la fe, ya que ponen de manifiesto la estructura de nuestro modo de pensar y de hablar y el sentido contenido en el lenguaje. Sin embargo, hay estudiosos de estas ciencias que en sus investigaciones **tienden a detenerse en el modo cómo se comprende y se expresa la realidad, sin verificar las posibilidades que tiene la razón para descubrir su esencia.** ¿Cómo no descubrir en dicha actitud una prueba de la crisis de confianza, que atraviesa nuestro tiempo, sobre la capacidad de la razón?*

* * *

El objetivo de esta exposición no es meramente el recordar las normas del magisterio respecto de nuestro tema, sino tratar de comprenderlas filosóficamente poniendo en juego nuestro propio criterio, y meditar sobre los fundamentos de estas ‘exigencias’.

Nuestro título sugiere que la verdadera ‘actualidad’ de un pensamiento no radica en su vigencia o predominio cultural, en el grado, intensidad y ‘prestigio’ con que un filósofo o una disciplina son ‘nombrados’ en los ámbitos académicos y extraacadémicos; en otras palabras, ‘actualidad’ no significa ‘moda intelectual’.

⁷ Cfr. N. 56 y 57.

⁸ N. 61

⁹ N. 74. En el n. 78 termina diciendo: *A la luz de estas reflexiones, se comprende bien por qué el Magisterio ha elogiado repetidamente los méritos del pensamiento de santo Tomás y lo ha puesto como guía y modelo de los estudios teológicos. Lo que interesaba no era tomar posiciones sobre cuestiones propiamente filosóficas, ni imponer la adhesión a tesis particulares. La intención del Magisterio era, y continúa siendo, la de mostrar cómo santo Tomás es un auténtico modelo para cuantos buscan la verdad. En efecto, en su reflexión la exigencia de la razón y la fuerza de la fe han encontrado la síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás, ya que supo defender la radical novedad aportada por la Revelación sin menospreciar nunca el camino propio de la razón.*

Si así fuera, un autor como Auguste Comte, pensador actualísimo por la problemática que desarrolla y por la visión del mundo futuro que anuncia, no sería ‘actual’ porque es muy poco nombrado en los ambientes. Algo así sucede con Arthur Schopenhauer.

Con las ‘disciplinas’ vale el mismo criterio. A primera vista es mucho más actual un tipo de filosofar que tenga al lenguaje como epicentro, y no aquél que tiene al ser mismo en ese lugar. Pero **lo más actual es lo más necesario, y viceversa**, de manera que si es verdad, como decía Grochowsky, que *una de las causas de la crisis cultural actual radica en el abandono de la metafísica*, entonces ella es máximamente actual hoy, precisamente, porque su negación implica para nuestro tiempo determinadas y graves consecuencias.

Algunas de estas exigencias ‘irrenunciables’ de la metafísica del ser

Las tesis centrales de una ‘metafísica cristiana esencial’ forman parte del contenido de la fe y se encuentran en gran medida expresadas en la escritura. Se trata de los *praeambula fidei* de la filosofía clásica. En el n. 80 *Fides et ratio* había mencionado algunas tesis ‘filosóficas’ contenidas en la Biblia, y en el 82, contradiciendo a algunos escrituristas, sostiene que *en los libros sagrados, concretamente en el Nuevo Testamento, hay textos y afirmaciones de alcance propiamente ontológico*.

Este hecho puede hacer que algunos consideren innecesario un saber metafísico de naturaleza racional acerca de estas cuestiones, ya que el creyente creará en ellas naturalmente como cree en los *mysteria fidei*.

Pero existe una tarea para la filosofía ‘cristiana’ respecto de estas tesis reveladas con ‘contenido ontológico’. Se trata también de una *fides quaerens intellectum*, sólo que no referida a los *mysteria fidei*, que como sabemos no se pueden ‘demostrar’ con la razón y corresponden propiamente a la Teología; sino a los *praeambula*, cuya comprensión racional no consistirá sólo en un esfuerzo de penetración en su inteligibilidad posible para nosotros, sino en el desarrollo de una **demostración de lo ya creído y una explicitación de sus implicancias filosóficas**. Una de las tareas de la filosofía cristiana (no la única) consistirá en esta **reflexión, desarrollo y explicitación del sentido de esas grandes verdades de orden natural** que coexisten en la revelación con aquellas otras que sólo podemos saber porque Cristo nos las reveló.

Entendemos aquí por ‘metafísica’ un saber humano, basado en la razón, que no se reduce a una de sus expresiones históricas por acabada que parezca, y que aspira a fundar racionalmente, como decía el concilio, “*un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios*”¹⁰. Y nos referimos a una metafísica **del ser**, en tanto que se busca que estas tres dimensiones centrales de la realidad objetiva se contemplen articuladas en su profunda unidad y a la vez respetadas en sus distinciones mutuas¹¹.

¹⁰ Decreto *Optatum Totius* sobre la formación sacerdotal, N. 15: *Las disciplinas filosóficas hay que enseñarlas de suerte que los alumnos se vean como llevados de la mano ante todo a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios*.

¹¹ N. 96: *Si el intellectus fidei quiere incorporar toda la riqueza de la tradición teológica, debe recurrir a la filosofía del ser. Ésta debe poder replantear el problema del ser según las exigencias y las aportaciones de toda la tradición filosófica, incluida la más reciente, evitando caer en inútiles repeticiones de esquemas anticuados. En el marco de la tradición metafísica cristiana, la filosofía del ser es una filosofía dinámica que ve la realidad en sus estructuras ontológicas, causales y comunicativas. Ella tiene fuerza y perenne validez por*

En cuanto a Dios, se trata de una ‘Teología Natural’ de corte propiamente metafísico, que vaya más allá de la ‘Filosofía de la Religión’ como fenómeno cultural, y de una ‘Fenomenología de la experiencia religiosa’, y afirme:

-la existencia de Dios como cognoscible por la razón humana, aunque de manera imperfecta y analógica, procurando desarrollar los argumentos racionales que hagan manifiesta esta existencia.

-su ‘trascendencia’ y a la vez su íntima presencia en las cosas,

-su condición de ‘ser personal’ –capaz de obrar desde su inteligencia y voluntad-,

-su bondad, entre otros atributos fundamentales

-su condición de ‘creador’...etc.

Como todos sabemos, hay indicios de esta teología anteriores e independientes de la revelación cristiana, por ejemplo en Platón y en Aristóteles, pero algunas de estas verdades, de naturaleza intrínsecamente metafísica nos fueron propuestas por la revelación. Dice *Fides et ratio*:

*La Revelación propone claramente algunas verdades que, aun no siendo por naturaleza inaccesibles a la razón, tal vez no hubieran sido nunca descubiertas por ella, si se la hubiera dejado sola. En este horizonte se sitúan cuestiones como el concepto de un Dios personal, libre y creador, que tanta importancia ha tenido para el desarrollo del pensamiento filosófico y, en particular, para la filosofía del ser.*¹²

En cuanto al hombre, es necesario afirmar una **Metafísica de la Persona**, dotada, en íntima unión con el cuerpo, de una dimensión espiritual con capacidades intelectuales, volitivas y afectivas aptas para alcanzar la verdad, la bondad y la belleza de las cosas, y de elevarse inteligente y libremente hacia la trascendencia. *Fides et ratio* nos explica que la antropología filosófica no puede quedar encerrada en los límites de la ‘filosofía natural’:

*En este sentido, la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite precisamente dar un fundamento al concepto de dignidad de la persona por su condición espiritual. La persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro con el ser y, por tanto, con la reflexión metafísica.*¹³

En cuanto al mundo, lo central es la afirmación de la ‘creaturidad’ de las cosas. Cada una de ellas es ‘creatura’, cuya esencia proviene de la sabiduría creadora¹⁴, y cuya existencia y consistencia en el ser pende de una libre y amorosa voluntad creadora de Dios. Así, las cosas que proceden del Creador, son verdaderas y buenas, y se vuelven, en un camino de retorno natural, en vía para que el hombre, con su natural ‘capacidad metafísica’, pueda llegar a conocerlo y amarlo en su creación.

Dice el libro de la Sabiduría: *Sí, vanos por naturaleza todos los hombres en quienes había ignorancia de Dios y no fueron capaces de conocer por las cosas buenas que se ven a*

estar fundamentada en el hecho mismo del ser, que permite la apertura plena y global hacia la realidad entera, superando cualquier límite hasta llegar a Aquél que lo perfecciona todo.

¹² N. 76

¹³ *Fides et ratio*, N. 83.

¹⁴ Juan I, 1-3: *En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.*

*Aquéel que es, ni, atendiendo a las obras, reconocieron al Artífice; sino que al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a las lumbreras del cielo los consideraron como dioses, señores del mundo. **Que si, cautivados por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja el Señor de éstos, pues fue el Autor mismo de la belleza quien los creó. Y si fue su poder y eficiencia lo que les dejó sobrecogidos, deduzcan de ahí cuánto más poderoso es Aquel que los hizo; pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor.***¹⁵

El conocido pasaje de Romanos I,18-23, se inspira en el libro de la Sabiduría: *En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia; pues **lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad***

Ambos textos contienen *in nuce*, de manera convergente, tesis metafísicas centrales acerca de Dios (a saber, que es existente y creador), del mundo (realidad sensible que habla, a partir de determinados rasgos que posee como creatura, de su Creador invisible) y del hombre (capaz de descubrir, con sus ‘ojos interiores’, al creador a través de sus criaturas, es decir, capaz de metafísica)¹⁶.

Todos estos puntos centrales de una ‘metafísica cristiana esencial’ se encuentran desde ya en Tomás, y algunos de ellos afirmados con particular vigor, como la ‘creaturidad’ de las cosas (como subraya Chesterton) o la dignidad de la persona¹⁷. Pero no son afirmaciones ‘exclusivas’ ni originales de la metafísica tomista. Pertenecen a una tradición que viene de las primeras síntesis realizadas por los Padres entre la sabiduría bíblica y la griega, y llegan a Tomás a través de la escolástica que lo precede. Se encuentran también como componentes esenciales en otras propuestas metafísicas cristianas posteriores a él.

Tres razones fundamentales de la actualidad de la metafísica

La segunda parte de nuestra reflexión se va a centrar en tres razones fundamentales que hacen a la metafísica máximamente necesaria, y por ello máximamente actual.

I) En relación con la fe y la revelación.

II) En relación con la necesidad de fundamentar la ética en un ‘orden natural’.

III) En relación con la posibilidad y sentido mismo del filosofar en el futuro.

I) Actualidad y necesidad de la metafísica en relación con la fe y la revelación.

¹⁵ Cap. XIII, 1-9.

¹⁶ F. et R. N. 22: *Desarrollando una argumentación filosófica con lenguaje popular, el Apóstol expresa una profunda verdad: a través de la creación los "ojos de la mente" pueden llegar a conocer a Dios. En efecto, mediante las criaturas Él hace que la razón intuya su "potencia" y su "divinidad" (cf. Rm 1, 20). Así pues, se reconoce a la razón del hombre una capacidad que parece superar casi sus mismos límites naturales: no sólo no está limitada al conocimiento sensorial, dado que puede reflexionar críticamente sobre ello, sino que argumentando sobre los datos de los sentidos puede incluso alcanzar la causa que da lugar a toda realidad sensible. Con terminología filosófica podríamos decir que **en este importante texto paulino se afirma la capacidad metafísica del hombre.***

¹⁷ *persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, Summa Theol. I, q.29, a.3 c.*

La fe cristiana, como respuesta a la Revelación, o sea a un Dios que nos ‘habla’, y la teología como esfuerzo humano de comprensión de los misterios de la fe, **suponen implícitamente, como ‘coordenadas’ teóricas, ciertas tesis de naturaleza metafísica.** Sin las mencionadas afirmaciones acerca del hombre, del mundo y de Dios se hace contradictoria la existencia misma de algo así como una ‘Revelación’ y una recepción y meditación racional acerca de ella por parte del hombre.

Dice *Fides et ratio* n. 83 al respecto: *No es posible detenerse en la sola experiencia; incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya. Por lo cual, un pensamiento filosófico que rechazase cualquier apertura metafísica sería radicalmente inadecuado para desempeñar un papel de mediación en la comprensión de la Revelación... La palabra de Dios se refiere continuamente a lo que supera la experiencia e incluso el pensamiento del hombre; pero este "misterio" no podría ser revelado, ni la teología podría hacerlo inteligible de modo alguno, si el conocimiento humano estuviera rigurosamente limitado al mundo de la experiencia sensible. Por lo cual, la metafísica es una mediación privilegiada en la búsqueda teológica. Una teología sin un horizonte metafísico no conseguiría ir más allá del análisis de la experiencia religiosa y no permitiría al intellectus fidei expresar con coherencia el valor universal y trascendente de la verdad revelada*

Y no cualquier metafísica puede brindar a la fe este horizonte. Por muy metafísica que sea la Ciencia de la Lógica de Hegel, por ejemplo, donde se sostiene que ‘*un pueblo culto sin metafísica es como un templo sin sagrario*’¹⁸, la concepción de Dios que allí se sustenta hace inviable la existencia de una Revelación sobrenatural.

Porque aún admirando la grandeza de su intento, el filósofo cristiano descubre que la metafísica hegeliana necesariamente termina, por su negación de la trascendencia de Dios y de su condición personal, disolviendo la ‘revelación sobrenatural’ en la expresión representativa, simbólico-religiosa, de una mera ‘revelación natural’ totalmente accesible a una razón inseparablemente divino-humana que se automanifiesta plenamente en el concepto filosófico superador. Sólo hay ‘misterio’ si hay trascendencia, y sólo tiene sentido una revelación sobrenatural si hay ‘misterio’, y comunicación de ese misterio ‘de persona a persona’ entre Dios y el hombre, de la Persona infinita a la persona finita, en la comunidad creyente.

En el otro extremo, un Dios ‘totalmente otro’, una pura equivocidad, un abismo infranqueable entre el hombre y Dios, una negación de toda participación y de algo divino en las creaturas y especialmente en el hombre, elimina todo ‘puente’ ontológico que haga posible la existencia de una **comunicación** de Dios a su creatura racional, y una comprensión mínima por parte del hombre respecto del mensaje de ese Dios.

El punto 84 agrega: *La fe presupone con claridad que el lenguaje humano es capaz de expresar de manera universal -aunque en términos analógicos, pero no por ello menos significativos- la realidad divina y trascendente. Si no fuera así, la palabra de Dios, que es siempre palabra divina en lenguaje humano, no sería capaz de expresar nada sobre Dios. La interpretación de esta Palabra no puede llevarnos de interpretación en interpretación, sin llegar nunca a descubrir una afirmación simplemente verdadera; de otro modo no habría*

¹⁸ *Ciencia de la lógica*, trad. Mondolfo, Ed. Solar-Hachette, Bs. As. 1968, Prefacio a la primera edición, p. 27.

revelación de Dios, sino solamente la expresión de conceptos humanos sobre Él y sobre lo que presumiblemente piensa de nosotros.

Una hermenéutica meramente ‘historicista’, que define todo comprender humano como relectura de un texto en el horizonte de un mundo histórico-lingüístico determinante a priori de su sentido, hace imposible por principio la existencia de verdades perennes de naturaleza metafísica, como también el valor perenne de los contenidos presuntamente revelados por Dios ¹⁹. De esta manera quedan eliminadas las bases de objetividad y estabilidad tanto de la Teología Fundamental como de la Dogmática.

Respecto de este punto la encíclica es extremadamente clara, en el N° 95: *La palabra de Dios no se dirige a un solo pueblo y a una sola época. Igualmente, los enunciados dogmáticos, aun reflejando a veces la cultura del período en que se formulan, **presentan una verdad estable y definitiva**. Surge, pues, la pregunta sobre cómo se puede conciliar el carácter absoluto y universal de la verdad con el inevitable condicionamiento histórico y cultural de las fórmulas en que se expresa. Como he dicho anteriormente, las tesis del historicismo no son defendibles. En cambio, **la aplicación de una hermenéutica abierta a la instancia metafísica** permite mostrar cómo, a partir de las circunstancias históricas y contingentes en que han madurado los textos, **se llega a la verdad expresada en ellos, que va más allá de dichos condicionamientos**.*

*Con su lenguaje histórico y circunscrito el hombre **puede expresar unas verdades que trascienden el fenómeno lingüístico**. En efecto, **la verdad jamás puede ser limitada por el tiempo y la cultura; se conoce en la historia, pero supera la historia misma.***²⁰

II) Actualidad y necesidad de la metafísica en relación al problema ético y a su sustento en un ‘orden natural’

Este segundo punto, como el tercero, no se circunscribe a los intereses de los creyentes, sino que apunta a mostrar la vigencia de la metafísica en relación con problemas esenciales del hombre y la sociedad contemporáneos.

Nos decía Grocholewsky en el discurso citado: *Con estos presupuestos (negación de la metafísica. AB) **no queda indemne el campo moral. La gran sensibilidad que el hombre contemporáneo muestra por la historia y por la cultura, lleva a algunos a dudar de la inmutabilidad de la misma ley natural y, por tanto, de la existencia de ‘normas objetivas de moralidad’ válidas para todos los hombres: de ayer, hoy y mañana*** ²¹.

El hombre y la sociedad contemporáneas necesitan urgentemente recuperar el sentido de un ‘orden’ dado por creación al cual recurrir y obedecer desde su libertad finita.

¹⁹ Esto sucede, por ej., en la propuesta de H.G.Gadamer en *Verdad y Método*, Ed. Sígueme, Salamanca 1991.

²⁰ Compárese con H. G. Gadamer, op.cit., p. 536 : *la perfectibilidad infinita de la experiencia humana del mundo significa que, nos movamos por el lenguaje por el que nos movamos, **nunca llegamos a otra cosa que a un aspecto cada vez más amplio, a una "acepción" del mundo**. Estas acepciones del mundo no son negativas en el sentido de que pudiera oponérseles un "mundo en sí", **como si la acepción correcta pudiera alcanzar su ser en sí desde alguna posible posición exterior al mundo humano- lingüístico**.*

²¹ ‘*Universidad Católica: se lo que debes ser*’, Introducción, I, 1. Por lo tanto, no sólo la teología especulativa, sino también la teología moral necesita de la metafísica como fundamento natural y racional, como sostiene *Fides et ratio* 91: *Para cumplir esta misión propia, la teología moral debe recurrir a una ética filosófica orientada a la verdad del bien; a una ética, pues, que no sea subjetivista ni utilitarista. Esta ética implica y presupone una antropología filosófica y **una metafísica del bien**.*

Aquí radica el verdadero problema del ateísmo actual. Este no consiste tanto en la negación explícita de Dios, que es relativamente rara y estadísticamente escasa aún en los pueblos más desacralizados, cuanto **en la negación de la creación como un orden objetivo que brinda ‘indicaciones’ para la vida del hombre**. Se trata de un Ateísmo coherente en sentido nietzscheano: Dios ha muerto, nosotros somos dioses, o también satreano: nada hay en el cielo inteligible y el hombre será ante todo lo que quiera ser.

Antes hicimos referencia a lo afirmado por Juan Pablo II en el capítulo II de su último libro, ‘Memoria e identidad’. Decíamos que, a título personal, aconsejaba vivamente la vuelta a Santo Tomás. El contexto del libro es precisamente el del problema del hombre en la actualidad, y no sólo del cristiano. La temática es la de las ‘ideologías del mal’ que marcaron trágicamente la historia del siglo que terminó, y el peligro de que, en forma oculta y solapada, las democracias occidentales caigan en la trampa de un nuevo totalitarismo encubierto²².

En ese contexto, Juan Pablo plantea que el subjetivismo surgido a partir de Descartes, interpretado como la primacía del pensamiento sobre el ser, trajo como consecuencia la pérdida del sentido del **orden del ser** como orden creado objetivo al que el pensar, el querer y el obrar humanos deben atender y respetar.

Analizando el fenómeno, dice Juan Pablo: “¿Por qué ocurrió todo esto? ¿Cuál es la raíz de estas ideologías posilustradas? La respuesta, en realidad, es sencilla: simplemente porque se rechazó a Dios como Creador y, por ende, como fundamento para determinar lo que es bueno y lo que es malo. Se rehusó la noción de lo que, de la manera más profunda, nos constituye en seres humanos, es decir, **el concepto de naturaleza humana como ‘dato real’**, poniendo en su lugar un ‘producto del pensamiento’, libremente formado y que cambia libremente según las circunstancias... Si queremos hablar sensatamente del bien y del mal, hemos de volver sensatamente a Santo Tomás de Aquino, es decir, a la filosofía del ser”²³.

Y él, que había utilizado sin vacilar, de la mano de Roman Ingarden, el método fenomenológico como acceso privilegiado a las estructuras ontológicas de lo real, y que como Edith Stein había acercado la fenomenología a Tomás, agrega: ‘con el método fenomenológico, por ejemplo, se pueden analizar ciertas experiencias, como la moral, la religiosa e incluso la de ser hombre, enriqueciendo de modo significativo nuestro conocimiento. Pero no se puede olvidar que todos estos análisis **admiten en cierto modo, de manera implícita, la realidad de la existencia humana como un ser creado, y también la realidad del Ser absoluto. Si no se parte de tales presupuestos ‘realistas’, se acaba moviéndose en el vacío**’²⁴.

La ‘vuelta a Tomás’ no es propuesta por Wojtyła como un simple retorno al pasado borrando todo lo posterior como si no hubiera existido, sino como la reafirmación de ciertas verdades metafísicas que son patrimonio de toda filosofía cristiana en cuanto tal, y totalmente válidas incluso para ser propuestas más allá del cristianismo a todos los hombres.

Es cosa de todos los días leer en los diarios la valentía con que la Iglesia está enfrentado los grandes dilemas del hombre de nuestro tiempo: qué hacer frente a las grandes tentaciones de una libertad individual absoluta que no acepta límite alguno *ex parte rei*. Fenómenos como el aborto legalizado, y en el otro extremo de la vida la eutanasia.

²² Juan Pablo II, *Memoria e Identidad*, Ed. Planeta, Bs. As. 2005 p. 24

²³ Ibid. pag. 25-26

²⁴ p. 26.

Fenómenos como la reducción de la sexualidad a una cuestión meramente biológica²⁵, y su consecuente sustitución por el concepto meramente cultural de ‘género’, con todas las consecuencias éticas que esto implica. Fenómenos como la manipulación genética a nivel humano, cuyas posibles implicancias para la existencia futura resultan imposibles de imaginar, etc. sólo pueden ser abordados con eficacia desde una concepción renovada del **orden creado del ser**, inscripto en la naturaleza humana²⁶ y en la esencia de las cosas, algo que sólo puede sostenerse seriamente sobre la base de una metafísica.

III) Actualidad y necesidad de la metafísica ‘para salvar la crisis de la filosofía misma’

Nuestro último punto se refiere a la importancia de la metafísica en relación con la posibilidad y sentido del mismo filosofar en el futuro.

Dan que pensar estas palabras de nuestro papa ya ido: *Si insisto tanto en el elemento metafísico es porque estoy convencido de que es el camino obligado para superar la situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía.*²⁷ En la introducción de la encíclica ya adelantaba este propósito, aparentemente tan poco ligado con los intereses y necesidades inmediatas de la mayoría de los creyentes: *podemos devolver al hombre contemporáneo la auténtica confianza en sus capacidades cognoscitivas y ofrecer a la filosofía un estímulo para que pueda recuperar y desarrollar su plena dignidad.*²⁸

Puede sonar extremo a los oídos de algunos lo que aquí se dice: con el abandono de la metafísica, de lo que se trata en última instancia, lo que se avecina, si es que no se encuentra ya entre nosotros, es el abandono de la filosofía misma, o mejor, del genuino filosofar.

Ciertamente no desaparecerán los ‘estudios filosóficos’, ultra-especializados, muy ‘eruditos’ y científicamente rigurosos, capaces de cumplir con todas las pautas impuestas por la normativa positivística mundial para la investigación. Podrán abundar las filosofías especiales, las filosofías ‘de’, las meras ‘ontologías regionales’. La historia de la filosofía por su parte tiene todavía mucho *factum* para abastecer a los profesionales del rubro, y abundantes *bytes* y papel barato podrán seguirse usando para llenar las revistas cada vez más especializadas, y con ello cada vez más alejadas del hombre de la calle, que no sospecha hasta qué punto su vida cotidiana está gobernada, como decía Nietzsche, por *pensamientos que*

²⁵ *Veritatis Splendor* n. 46: *diferentes concepciones coinciden en olvidar la dimensión creatural de la naturaleza y en desconocer su integridad. Para algunos, la naturaleza se reduce a material para la actuación humana y para su poder. Esta naturaleza debería ser transformada profundamente, es más, superada por la libertad, dado que constituye su límite y su negación. Para otros, es en la promoción sin límites del poder del hombre, o de su libertad, como se constituyen los valores económicos, sociales, culturales e incluso morales. Entonces la naturaleza estaría representada por todo lo que en el hombre y en el mundo se sitúa fuera de la libertad. Dicha naturaleza comprendería en primer lugar el cuerpo humano, su constitución y su dinamismo. A este aspecto físico se opondría lo que se ha construido, es decir, la cultura, como obra y producto de la libertad. La naturaleza humana, entendida así, podría reducirse y ser tratada como material biológico o social siempre disponible. Esto significa, en último término, definir la libertad por medio de sí misma y hacer de ella una instancia creadora de sí misma y de sus valores. Con ese radicalismo el hombre ni siquiera tendría naturaleza y sería para sí mismo su propio proyecto de existencia. ¡El hombre no sería nada más que su libertad!*

²⁶ *Veritatis Splendor* N. 50: *Es así como se puede comprender el verdadero significado de la ley natural, la cual se refiere a la naturaleza propia y originaria del hombre, a la «naturaleza de la persona humana»(89), que es la persona misma en la unidad de alma y cuerpo; en la unidad de sus inclinaciones de orden espiritual y biológico, así como de todas las demás características específicas, necesarias para alcanzar su fin*

²⁷ *Fides et ratio* N. 83

²⁸ N. 6.

vienen con patas de paloma²⁹. Estudios sobre autores y exégesis de sus textos seguirán abundando. Descripciones rigurosas, detalladas de pequeños sectores de lo real también³⁰.

Pero la filosofía, esa que no apunta a *quid homines senserint*, sino a *qualiter se habeat veritas rerum*, como nos enseña Tomás de Aquino³¹ y nos recuerda la misma *Fides et ratio*³², la filosofía como búsqueda y encuentro siempre incompleto de la verdad, no existe sin contrapunto metafísico. Porque no hay *veritas rerum* sin metafísica.

Existirán textos acerca de otros textos, discursos sobre el discurso, pero no más la búsqueda de las ‘causas primeras de todas las cosas’ con las que Maritain definía a la filosofía, apropiando para la totalidad de este saber la expresión con que en rigor Aristóteles define a la filosofía ‘primera’; desaparecerá ese acto filosófico *determinado por el amor de participación del núcleo de una persona humana finita en lo esencial de todas las cosas posibles*³³, que me enseñaron de la mano de Max Scheler, en 1971, en la cátedra de Introducción a la Filosofía de esta facultad; en definitiva, la búsqueda de respuestas racionales a las verdades más hondas y decisivas de nuestra existencia. Ciertamente la metafísica no ofrece todas esas respuestas, pero ofrece algunas y abre a una búsqueda más honda, haciendo un corte en la ‘bóveda estrellada’ del mundo empírico e histórico para que en ellos pueda ingresar Dios.

Lo que se encuentra detrás de este abandono de la metafísica es una falsa modestia³⁴ que en el fondo es capitulación frente a la ‘razón instrumental’ dominante. Se argumenta que ‘nuestra inteligencia no puede pretender tanto’, cuando fue hecha a imagen y semejanza de Dios, que le puso a disposición parte de los secretos del mundo para que ahondara en una búsqueda que no termina, pues como dice el concilio³⁵, *la inteligencia no se limita solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada*. Y detrás de esa falsa modestia está el más crudo aunque oculto predominio de la praxis, al que no molesta la filosofía como saber de especialista, pero lastima una metafísica que pretende entrometerse en todo y ofrecer sustento teórico a puntos de vista firmes y claros, nada relativistas, en las más diversas materias.

Se ha dicho interminables veces que la fe inhabilita para filosofar, porque provee de antemano explicaciones al hombre acerca de las grandes cuestiones sobre sí mismo, sobre el

²⁹ *Gedanken, die mit Taubenfüssen kommen, lenken die Welt. Also sprach Zarathustra*, Alfred Kröner V., Stuttgart 1956, II Teil, Die Stillste Stunde p. 162.

³⁰ F. et R. N. 5: *mientras por una parte la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas que precinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios*.

³¹ *In De Caelo et mundo*, I, 22: *studium philosophiae non est ad hoc quod sciatur quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum*.

³² N. 69

³³ Max Scheler, *La esencia de la filosofía y la condición moral del saber filosófico*, Nova, Bs. As. 1970 p. 14.

³⁴ F. et R. N. 5: *En consecuencia, han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas. N. 55: se pretende que la filosofía se contente con objetivos más modestos, como la simple interpretación del hecho o la mera investigación sobre determinados campos del saber humano o sobre sus estructuras*.

³⁵ *Gaudium et Spes* n.15

mundo y sobre Dios, que son las que justamente indaga el filósofo. La realidad, a juzgar por los destinos de la filosofía en los últimos decenios, parece ser otra. El abandono de la fe y el de la metafísica parecen andar juntos.

Es que ese ‘saber de antemano’ de la fe proporciona grandes rutas para transitar, pero no ahorra el propio trabajo y a la vez fortalece la confianza, y así, el filósofo cristiano sigue siendo filósofo, porque sigue poniéndose frente a estas grandes cuestiones con la audacia y la pasión de intentar aportar la luz de la razón a esas verdades en las que cree.

Lo que conspira contra el filosofar es esa pérdida de *magnanimitas* de la que tantos ejemplos podemos encontrar hoy en las universidades del mundo, católicas y no católicas, esa crisis de la *megaloprépeia* platónica³⁶, que renuncia a buscar explicaciones no porque tenga de antemano indicaciones provenientes de otro origen, sino porque no cree ya que esas explicaciones puedan encontrarse, y más hondo aún, porque no le interesa ya plantarse frente a la realidad y preguntarle a ella, teóricamente, qué puede enseñarle acerca de su esencia y su origen últimos.

La filosofía ha prestado gran ayuda a la fe cristiana desde los comienzos, facilitándole herramientas para su propia inteligencia y hermanándose con ella en una visión armónica y sapiencial. Quizá haya llegado el tiempo, poco sospechado, de que sea la fe la que pueda salvar a la filosofía.

* * *

Suele suceder que los países llamados ‘avanzados’ sean los primeros que deben enfrentar ciertas decisiones históricas, aunque no siempre tomen las más felices. Para las universidades católicas de aquellos países este tiempo se ubica cronológicamente en las últimas décadas del siglo pasado, y la opción ya fue hecha, mayoritariamente por la sustitución, y no por la complementación de la metafísica. Esto no significa que no haya retorno, ya que la historia está muy lejos de ser unidireccional.

Ahora parece que llegó el tiempo de la opción para nuestra Universidad, y particularmente para nuestro departamento de Filosofía. También para nosotros hoy, en la orientación general de la facultad, y en las diferentes cátedras, se plantea el dilema: metafísica o no metafísica. El error más fácil de cometer ante la evidencia del debate interno sería pensar que se trata de un mero conflicto de poderes y de una búsqueda de posiciones personales. No nos confundamos: lo que está sucediendo no tiene nada que ver con cuestiones personales. Las personas concretas somos, en estos grandes dilemas culturales, las caras visibles de cuestiones más profundas y más amplias. Y no somos nosotros los que realmente estamos en juego. Lo que está en juego es algo mucho más importante que nosotros. Muchas gracias.

³⁶ Cfr. *República*, 486 a